

JOAQUIN VAQUERO

En este barrio segoviano donde reside Joaquín Vaquero situó don Francisco de Quevedo una parte de la acción de "El Buscón". La casa del pintor, que perteneció probablemente a un comunero — el escudo de la fachada aparece picado —, iba a ser derribada por ruinoso. A Vaquero, el que la casita fuese gótica y estuviera apoyada en la muralla de Segovia, le hizo despertar al arquitecto que lleva dormido en el alma. Reconstruyó la pequeña casa con el ingenio y laboriosidad con que labran las hormigas sus maravillosas galerías subterráneas.

Joaquín Vaquero es, físicamente, un gran ejemplar de la raza astur, que está a punto de desaparecer. Su talla y corpulencia recuerdan al famoso Xuanón, de Cabañaquinta, que vivió en el siglo pasado, y del que se dice que esperaba al oso a cuerpo descubierto para derribarlo instantáneamente de una cuchillada.



Vaquero Palacios

OVIEDO-ESTADOS UNIDOS-PARIS

Joaquín Vaquero nació en Oviedo con el siglo. Expone por primera vez en 1916, en la Universidad.

—En aquella exposición estaban representados todos los pintores asturianos, desde Luis Menéndez Pidal a Evaristo Valle y Piñole, pasando por José Ramón Zaragoza y Alvarez Sala.

La inquietud del joven pintor, entonces estudiante de Arquitectura, le impulsa a trabajar en los más variados campos del arte: concurso de carteles de temas de construcción, decoración de interiores para el Palacio Real, exposiciones individuales de sus obras en Oviedo y Madrid.

—Tan pronto como obtuve el título en la Escuela Superior de Arquitectura, de Madrid, en 1927, fui pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios en Norteamérica, y el mismo año se celebró una exposición individual de mis cuadros en París, en Knoedler Galleries, de la Place Vendôme.

En 1928, además de su matrimonio con Rosa Turcios Darío, sobrina carnal de Rubén Darío, el pintor ovetense expone sus obras en las Knoedler Galleries y en la National Academy, de Nueva York; ejecuta decorados de cine para la First National Pictures y sus cuadros con temas de la cuenca minera asturiana se cuelgan en Veerhoff Galleries, de Washington.

—¿Podemos decir que la pintura ha relegado su carrera de Arquitectura a segundo término?

—Mi vocación fue siempre de pintor, aunque yo considero que la Arquitectura es la madre de las artes y, además, es absolutamente apasionante. La Arquitectura absorbe demasiado cuando uno se dedica a ella de una manera vocacional.

En 1929, en colaboración con Luis Moya Blanco, realiza un proyecto convocado por la Unión Panamericana para el Faro de Colón.

—Nuestro trabajo fue seleccionado con otros nueve más presentados por extranjeros. A este concurso acudieron cuarenta y dos naciones con quinientos cuarenta y dos proyectos. Al año siguiente obtuve en Madrid la Primera Medalla de Arquitectura en la Exposición Nacional. En 1931, el Gobierno español nos pensiona a Moya y a mí

para los Estados Unidos, Méjico y América Central. En Yucatán estudiamos la arquitectura y civilización mayas.

EN EL BARRIO DE LA CANONGIA

El pintor se ha puesto un chaquetón forrado de lana de borrego. De uno de sus

bolsos saca la boina astur y nos conduce por calles estrechas y empujadas hasta el barrio de la Canongia, donde ha instalado su estudio. Se trata de un palacio románico, de proporciones colosales, desde el cual vemos el monasterio del Parral, la iglesia de la Vera Cruz o de los Templarios, y allá, en el horizonte, el pueblo de Zamarramala.

—Vamos a ver los cuadros.

Las obras de Joaquín Vaquero están instaladas como en exposición permanente. Pertenecen éstas a diferentes épocas artísticas de su vida.

—En la década del treinta al cuarenta pinté la cuenca minera asturiana: sus paisajes, sus mineros cargadores de carbón, la figura recia del picador. Y por ese tiempo pinté el mural del Instituto Nacional de Previsión.

Joaquín Vaquero, frente al paisaje de Asturias, realiza una operación reversible. Hasta entonces, Evaristo Valle había dado una versión de campos blandos y neblinosos. Joaquín Vaquero, al estudiar el paisaje de la cuenca minera, descubre la otra mitad antagónica, vigorosa, donde los verdes son negros maravillosos y brillantes.

—Yo, que he pintado en América Central, en Italia, en Inglaterra, en Grecia y en tantos otros países, puedo decir que mi pintura de Nueva York tiene una gran analogía con la que había realizado antes en la cuenca minera. Porque Nueva York, aunque no se crea, es en este aspecto muy parecido a Asturias. Las peñas de Caranga recuerdan enormemente a Wall Street.

—Y su larga estancia en Italia, ¿ha influido también?

—Muchísimo. Todas las permanencias, en unos sitios o en otros, han influido en mí. Tanto es así que, como puede verse, mi pintura ha variado bastante y la gente interpreta a veces que he sido yo el que ha cambiado de estilo o de orientación. En realidad, no ha sido más que una evolución a lo largo de una misma línea, pero empleando distintos motivos. El pintar una temporada en Egipto, otra en Grecia, en Brasil, en Panamá o en Austria ha traído como consecuencia una diversidad de enfoque, de color y de composición, que no es un apartamiento de la orientación que he seguido siempre.

EL TRONCO Y LA RAMA

Este creador fecundísimo no ha logrado ser vencido por la rutina del oficio, tan frecuente tras los años de fogosidad juvenil. De su tronco vital ha surgido, como una rama verde, Joaquín Vaquero Turcios. Pintor, como su padre, es también espuela que no le permite dormir, sino que le mueve a renovaciones permanentes.

Mientras el hijo pinta grandes murales para importantes edificios de España y de América, Joaquín Vaquero, en su empuje renovador, decora y ornamenta centrales eléctricas de Asturias, en el interior y en el exterior de sus salas de máquinas.

—Estoy muy satisfecho de mis últimas obras, porque he podido realizarlas con una gran libertad de expresión. Creo que el mayor interés de la pintura que he realizado a lo largo de mi vida está en lo que pinto actualmente, porque en mis últimos cuadros resumo todo lo que he aprendido en medio siglo de trabajo.

COLOFON

Ahora Joaquín Vaquero ha sido elegido, como pintor, para ocupar un sillón en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Esta es, por ahora, la última línea de su "curriculum vitae". —Marino GOMEZ SANTOS.